

Francisco Bitar

LA PREPARACIÓN DE LA AVENTURA AMOROSA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRANCISCO BITAR
LA PREPARACIÓN
DE LA AVENTURA AMOROSA

(Primer volumen de la serie *De ahora en adelante*)

TUSQUETS
EDITORES

Quizá no sea su primer sueño pero sí es el primero que recuerda, es decir, el primer sueño que, con el tiempo, no cesará de reescribirse, de repetirse en otros sueños y de reclamar, a veces a los gritos, nuevas interpretaciones.

Es así: exactamente enfrente de su casa, una renoleta atropella a su madre.

Se diría que la arrolla, porque, acto seguido del impacto, la renoleta la arrastra de una pierna haciéndola girar a la velocidad con que gira la rueda.

Su cuerpo, el de su madre, queda tendido en la calle. Es de noche y hay silencio.

En el futuro, o promediando el futuro, los sueños más significativos de su vida, los sueños que lo transformarán, contienen también ambos elementos, el auto y el peligro o, sencillamente, el auto y la muerte. Se diría que este sueño estructura los que vendrán.

Más adelante, sin embargo, los lugares se alteran: ya no será el padre, quien antes lo hacía, el que conduzca a toda velocidad hasta impactar o salirse del ca-

mino, sino que irán alternativamente al volante él o su hermano o incluso su madre. Al cabo, ya no importará el auto; será más importante el viaje o el contexto de ese viaje.

Pero ahora, al momento de soñar este sueño terrible, tiene nueve años, la época en que se enamora por primera vez con toda conciencia de lo que le pasa. De aquí en adelante, por cada vez que se enamore, ya sea hacia el esplendor de la juventud, ya sea durante la vida adulta, el mensaje que venga de su interior será el mismo: todo nuevo amor, incluso toda posibilidad de un nuevo amor, se verá amenazado por la sombra agónica de su madre.

Una vez que, en el sueño, su madre queda desparpada sobre el asfalto a causa del impacto, él corre en su auxilio. Y cuando la sostiene en brazos, en la imagen misma de *La Piedad* (o en la imagen de su inversión), la madre, antes de morir, sale de su eterno mutismo. Le dice que no deje de ir al cine.

Él no ha dejado de ir al cine, algo no muy difícil de hacer. Aunque claro, no es este el significado, si es que hay uno, de lo que su madre le ha dicho.

La palabra «cine», en su dulce brevedad (se desliza como agua que corre en la boca en apenas dos sílabas), no le devuelve ninguna clave, ninguna respuesta sino a lo sumo algo parecido a una idea poco clara, que se contradice en sus términos: el «sí-no» al que lo devuelve su sonido.

Si esto es así, el sentido de lo que su madre le ha dicho es justamente contrario a un significado: es una paradoja.

Yo, como la esfinge, soy un enigma, parece decirle su madre. No estoy para demostraciones. Hablo poco y de manera cifrada.

Vos solo vas a tener que decidir cuál es el significado cada vez, en los capítulos en que tu vida amorosa se hace o se deshace (es decir, en tu habilidad, pero sobre todo en tu ineptitud para acercarte a una nueva mujer).

Vos solo vas a tener que decidir qué cosa es el amor.

Si hay una hora para las monedas, esa hora es el amanecer, el momento en que hombres y mujeres sacuden los bolsillos con el sobrante del día anterior y, por el peso o el ruido que viene desde adentro, determinan si será más o menos suficiente para la máquina de boletos. Salvo los previsores, especie que no abunda en una ciudad cada vez más urgente, nadie hizo un cálculo preciso de lo que necesitaría esta mañana para el colectivo, pero todos se aproximaron a esa cantidad con los billetes que, un poco queriendo y otro poco sin darse cuenta, cambiaron el día anterior. Y tanto han salido ayer los billetes para volver en monedas que ese cálculo casual casi nunca falla. De hecho, así también es el recuerdo que hoy temprano se tiene del día anterior, el de un cuerpo entero que se rompió en alguna especie de transacción (quizá la de pasar al día siguiente) y del que hoy no hay más que algunos pedazos sueltos que alcanzan para hilar fino los bordes de una vida.

Después son los billetes los que cobran protagonismo, desde que el día exige gastos mayores y quizá

opciones más importantes, como, digamos, la de comer. Para entonces, el momento dorado del día habrá pasado, y, sin embargo, el cambio que vuelve en monedas anuncia ya, de manera silenciosa, la edad de oro del día siguiente.

Más tarde, la noche caerá sobre toda contabilidad, sobre la previsión y el cálculo, incluso sobre todo motivo de preocupación, y la cantidad de dinero del día quedará sellada.

*

Cuando se trata de dos jóvenes que pasaron la noche con la ropa puesta, las monedas aparecen entre las sábanas, adonde cayeron a causa de uno u otro tumbo. Por lo general se trata de sumas menores, compuestas por una moneda grande y dos o tres chicas, totales de entre 45 y 70 centavos, lo que, para la época de la que hablamos, resulta una cantidad suficiente para pagar el pasaje. Al menos es el caso de ellos dos, el chico y la chica, que todavía usan el carnet escolar incluso cuando la mirada de los choferes ante dos colegiales sin mochila ni uniforme sea cada vez más suspicaz.

Retiran las frazadas y sacuden las sábanas y, esta mañana en particular, se ven obligados a barrer el colchón, es decir, a retirar también las almohadas, y a mirar abajo de la cama. Cómo se sostiene la economía de un joven cuando ya no está en edad de secundaria y

todavía no trabaja, o sea, cuando sus padres están hartos de mantenerlo y son reacios a cubrir nuevos gastos, es un misterio. O no lo es tanto, desde que, integrados formalmente al ejército mayor de los pobres y los desocupados, los jóvenes siguen un protocolo conocido: gastan poco, meten la mano en las ranuras del sillón, roban a escondidas y en pequeñas cantidades.

De hecho, es eso mismo lo que hace la chica esta mañana: antes de que su padre se levante, toma una suma precisa, lo suficiente para que alcance y al mismo tiempo no se note la falta, y devuelve la billetera a su lugar, junto a las llaves de la casa y el llavero del auto en la mesada de la cocina. No prende la luz, porque sabe dónde encontrar la billetera, pero también porque la primera claridad ya está aquí, empujando las cosas unos centímetros hacia adelante o hacia afuera desde la oscuridad de la noche.

Deben hacerlo rápido: la luz se ha encendido en la habitación de sus padres, al tiempo que el chico la apura desde la puerta de calle. De hecho, cuando cierran la puerta detrás de ellos, la del dormitorio del padre parece abrirse, al punto que ambos ruidos se funden uno en el otro. Puede que el padre los haya visto o puede que no.

Según dice el chico cuando ocuparon sus asientos en el colectivo, salieron a tiempo: el padre de la chica solo tendría ocasión de saber que pasaron la noche ahí si tanteara el calor de la cama individual de la chica,

algo que, conociéndolo como lo conoce, el padre es perfectamente capaz de hacer. A esto último el chico se lo guarda.

La chica dice que le ha quedado una sensación rara en el talón derecho, la última parte del cuerpo que sacó de la casa.

Es la sensación de que eso fue lo único que su padre alcanzó a ver de ellos.

*